

Angélica Pérez Paredes

Soy Rosa, estoy muerta



Cuando la red es una tela
urdida con mentiras, el precio a pagar
puede ser demasiado alto



1
SIN RETORNO

Soy Rosa, estoy muerta.

Hasta ayer estaba viva, pero ayer me mataron. Morir es una experiencia que no tiene nada de especial. Duermes y ya no despiertas. No hay luz ni oscuridad; desaparecen en un instante la temperatura, la humedad, el sonido. Estás en un estado de equilibrio en el que ya no necesitas hacer nada. El cuerpo no te pertenece. La mente vaga por el tiempo. Morir es perder la capacidad de vivir. Eso es lo que me han robado.

Morí un jueves por la tarde y, aunque lo había deseado muchas veces, no me sentí nada satisfecha cuando ocurrió, porque lo deseé como se desea algo que no se conoce. Creía que la muerte me liberaría de los millones de órdenes que recibía cada día. Ni un solo día me libraba. En mi casa no existe un día sin dar ni golpe. Mi padre cada día tiene algo que hacer, mi madre no deja a nadie en paz. Mi hermana madruga más que los pájaros. Cuando me agobiaban decía: «Ojalá estuviera muerta»... Ahora sé que no quería morir, que solo quería vivir de otra manera. Vivir a mi manera. Sin horarios. Sin límites. Vivir como si fuera a morir mañana, si es que hubiera sabido lo que significaba morir. Quería vivir deprisa, encontrar a alguien especial

y vivir mi gran aventura. Escaparme. Quería disponer de dinero, viajar, decidir sobre lo que me atañía a mí sin tener que escuchar una sola palabra. Quería perder de vista a mis padres y que nunca más me dijeran nada. Quería que nadie me ordenase nada. Sin madre, sin padre, sin jefe. Sin familia. Solo yo.

Ahora estoy sola. Solo yo. Desde el jueves por la tarde. No sabría decir a qué hora, pero serían sobre las cinco la última vez que me recuerdo viva. Lo sabrán al pincharme el hígado, al ver cómo se hincha mi barriga, cómo destilo líquidos asquerosos o cómo las moscas me rondan y las larvas me comen. Mi madre tiene libros que explican lo de las larvas; ella las llama cuadrillas. Me prohibió mirarlos, pero eso era como invitarme, y un día, cuando se fue a comprar, los cogí. Había un hombre sin la tapa de los sesos, una mujer con los intestinos fuera... Vi fotos con todo tipo de cosas horribles, entre ellas, las fases de la descomposición de un cadáver. Me temo que yo pasaré por todas, dada la suerte que tengo. Cada vez que yo metía las narices en sus cosas me quedaba sin merendar del asco que me daba. No sé cómo aguanta, con razón está siempre con tan mala leche.

Ahora la que daré asco seré yo. La muerte de otro era solo algo repugnante, la mía ya es cosa seria. Ahora mismo soy como una gata atropellada por un coche, que se descompone en la carretera hasta ser solamente una piel que se apergamina contra el asfalto. O como un erizo despistado, o como una garza que vuela demasiado bajo. Las garzas desaparecen en el asfalto y

solo se ven unas plumas sobresalir del conglomerado. Ya no tiene gracia lo del gato atropellado; antes me partía haciendo chistes malos sobre el tema. Que si parecía un postizo, que si vamos a hincharlo a ver si se va corriendo. El tema del gato muerto era la bomba, lo mismo servía para describir un peluquín que era la última moda en cortes de pelo entre los canis de mi clase. Ahora ya no tiene ni puñetera gracia. A unos metros de mí hay un gato sentado con el rabo enrollado, mirándome fijo. Me mira como si supiera lo que pienso; no puedo verle, pero lo sé. Tal vez sea verdad que los gatos pueden percibir la presencia de los espíritus.

No sé dónde estoy. Parece un camino, escucho agua bajo el suelo, una carretera a lo lejos... tal vez la vía rápida que hay a la salida del pueblo. He recobrado algo el oído, pero apenas veo. Mis ojos serán como los de esos peces que se quedan en las pescaderías, hundidos, opacos. La gente mira los ojos a los peces para saber si llevan mucho muertos. Lo mismo se me ha quedado cara de besugo después de morir. No podré ver más con estos ojos de pez, y no podrán mirarlos los que me encuentren porque se morirán de pena. En el libro de mi madre dicen que le pinchan los ojos a los muertos para ver lo que esconden en el líquido. Con la suerte que tengo, me pincharán el ojo para analizar el humor. Qué raro, llamar humor a algo que no tiene ni puta gracia.

Las agallas rojas, el ojo brillante. Mira qué dientes, mira lo que llevaba en el estómago... Mi madre me enseñaba los peces del caldero. Era vulgar y maloliente

la escena, pero ella estaba feliz, y a mí me daban un cangrejo vivo en una bolsa para que me paseara con él. Me ha engullido un pez que no es un pez gordo. Es un pez de los que parece que llevan un bicho en la punta de la lengua. Lo ha movido y he ido como una imbécil a ver lo que era. Y me ha tragado de una vez. Un pez abisal que vive donde no hay luz, donde no llega apenas la vida. Donde la vida de uno es la muerte de otro.

Tal vez no me encuentren. Esa es una posibilidad real, y debo asumir que si me han escondido bien, tardarán mucho en dar conmigo. Suele pasar: pasa un día un perro y al levantar la pata para hacer pis se queda tieso del susto, o sale del seto con una tibia entre los dientes y el que se pone malo es el dueño. Ahora mismo soy carroña pura, y ya no soy Rosa. Soy carroña para los bichos. Lo pienso y me agobio. No noto nada que me corra por encima, se ve que me empaquetaron bien. Si pudiera hablar, gritaría, pero estoy muerta, y eso no se puede cambiar. No puedo decir cómo sé que estoy muerta, es una certeza que no puedo explicar, pero desde que ocurrió tengo claro que ya no hay nada que rascar. Ahora entiendo eso de que lo único que no tiene remedio es la muerte. Menudo fin de semana le espera a mi madre, menudo fin de semana le voy a dar...

Salí de casa diciéndole a mi madre que iba a por los deberes de Josele, pero en realidad había quedado en el polideportivo. Ella siempre me decía que no me fiase de la gente que conociera por internet, que hay mucho trol y mucho pederasta. Mi madre: una mujer que no debió ser madre, porque no es feliz siendo ma-

dre. Está arrepentida, pero no lo dirá. Si se le escapa, se siente culpable y recula. Y mi abuela se pone loca. No entiende que ella ya no quiere ser madre, que le estamos sobrando. Aun así se esforzaba y me decía que no hablara con gente que no pudiéramos conocer. Me lo decía con buena intención, pero no me dejaba vivir, me agobiaba. Era muy persistente. Mi madre... Este asunto la va a dejar tocada. Cuando se entere de que no le he hecho caso, que he pasado absolutamente de todo lo que me ha dicho... Su mundo es ese capazo que arrastra, los libros, las películas. No sé lo que le interesa. Ni lo sé ni me importa, la verdad, y ahora da igual, porque ya nunca más hablaremos. A veces me decía: «Ven y hablamos». Lo hacía con buena intención, pero de paso quería sacarme algo, enterarse de todo. Enterarse de la vida de otra, porque ella no tiene vida propia, que es como una almeja. Qué mujer más aburrida.

Y que conste que no se enteró de nada porque yo no quise. Mi vida es mi vida. En realidad, mi vida ya no es.

Tengo que acostumbrarme a decir *era* mi vida.

Insistí hasta el infinito para que me compraran un teléfono. Mi madre me dijo que me quedara el viejo, pero después le dio pena y me dio el nuevo. Me hice una cuenta en varias páginas en las que había gente de mi edad. Ninguno teníamos la edad requerida para los perfiles, pero todos mentimos sobre eso en internet, eso es lo normal. Como ponerte una foto que no es tuya, como querer inventar una vida sobre la marcha. Hay que reconocerlo: internet es postureo. Ninguna de las

dos vidas, ni la de verdad ni la falsa, me sirven ahora para nada. Estaba deseando llegar para ponerme los auriculares y quedarme en el sofá. Por fin tenía vida privada. Nadie podía mirar mi pantalla. Desenchufaba el teléfono cuando me iba a clase, lo escondía dentro del armario, en un sitio prácticamente inaccesible. Ahora creo que es verdad eso que mi madre dice, que nosotros no tenemos verdaderos secretos, que un secreto es haber abortado sin que se entere nadie, matar a alguien o traficar con droga. Que lo nuestro son mentirijillas que nos dejan con el culo al aire, y que ese medio opaco en el que las guardamos hace que crezcan y tomen cuerpo.

Conocí a un amigo en internet. Le conocí en un foro de dibujo manga. Yo dibujaba algo y después lo colgaba. El primer día que alguien le dio *like* casi me muero de la alegría. A alguien le gustaban mis cosas. Alguien, por fin, estaba conociéndome como yo quería, sin ser hija de nadie, sin ser hermana de nadie. Yo y solo yo, reinventándome cada día.

Él me halagaba. Mi madre también dibuja y me daba consejos, pero a mí no me gustaban sus consejos. Sus consejos son siempre del tipo «ahí hay un método de dibujo artístico», «haz un boceto antes»... Quería que me pusiera a pintar manzanas con sombras... ¡Como si yo no hubiera tenido otra cosa que hacer que pintar frutas y perdices muertas...! Al cabo de unos meses mi amigo y yo nos buscamos cada día, y cada día hablábamos por Facebook. Era tranquilo. Parecía maduro. Se despedía de mí diciéndome: «Chao, chica».

Chao, chica.

A mí me sabía a gloria, se me salía el corazón del pecho cada vez que él me mandaba una foto o una frase... Así llevábamos seis meses. Y de pronto, la sorpresa: ¡estaba muy cerca! Al fin iba a conocerle, estaba emocionada. Quedamos a las cuatro. No me llevé nada, porque solo íbamos a hablar, pero aun así me vestí con la camiseta de triunfar. Qué nervios, qué alegría. Al fin iba a conocer a una persona como yo, que siempre me estaba esperando, que siempre tenía una palabra amable para mí. Sin exigencias, sin reproches. Él sí me entendía, y por eso fue siempre tan fácil hablar con él. Cada día me preguntaba por mi día; constantemente estaba ahí para escuchar mis quejas y mis sueños. «¿Has dormido?». «¿Qué has soñado?». «¿Te has acordado de mí?». Leía mis cosas, nos mandábamos fotos. Me enviaba música. Escuché esas canciones mil veces. Las letras de las canciones me decían que algo grande saldría de aquel intercambio de archivos. Una revelación más unida a las muchas que sentía cada vez que le leía, cada vez que le escuchaba. Un día pensaba que no sería nada en la vida. Otro que triunfaría. Él siempre estaba para decirme que lograría mis sueños, que él me entendía, que tenía que ir teniendo independencia, que tenía derecho. Que estaba bien intentar tener una vida propia, que nadie tenía que enterarse de lo que pasaba, que estaría a salvo con él, que aquel era nuestro mundo, que éramos amigos...

Era guapo. Era muy guapo, y yo era su amiga. Él me decía que era especial.

Le creí.

Hacía seis meses que habíamos comenzado a chatear y yo le hubiera confiado mi vida. Al cabo de ese tiempo lo sabía todo de mí. Porque a él le conté lo que no le había contado a nadie.

Que tenía miedo.

Que no tenía amigos.

Que la gente me ignoraba.

Que no encajaba en ninguna parte.

Que a veces me llamaban para amenazarme las chicas del instituto.

Que sentía que cualquier día sus amenazas se harían realidad...

Me mandó un mensaje por la noche: «Mañana iré a verte». «A las cinco». «En el polideportivo». Una foto con dos gatos de angora y la frase #alascincopasancosas se quedó en mi muro; no podía resistir no poner nada. No podía dejar de reír, tuve que aplastar la cara contra la almohada para que mi risa no me delatase. Qué felicidad, qué alegría, qué nervios...

Qué día más largo, pendiente del reloj, esperando la hora del recreo, la hora de la sirena. Erika se olía algo y me preguntó, pero me hice la tonta. Erika tiene mucho éxito y piensa que puede controlarlo todo, y que si hay un tío guay ella tiene que conocerle primero, así que, como ella no le conocía, intenté escabullirme mientras me gritaba.

—¡La friki tiene un novio inventado! ¿Me lo presentas?

—Ya quisieras tú...

Me hizo la zancadilla y casi me caigo. Carcajada general. Todos disfrutaron mucho con la escena, como

siempre. Y el jefe de estudios les miró mal a ellos y a mí con lástima, pero no hizo nada.

Como siempre.

Llegó al fin la comida, el café de mis padres...

Dieron las cuatro y media. Me peiné unas trenzas, las deshice. Me dejé el pelo suelto, me hice una coleta. Me hice un moño. Con el moño, mejor, pensé. Me lo dejé. Salí sin hacer demasiado ruido, estaban dormitando en el sofá; bajé los escalones poco a poco, para que nadie sospechara. Si hubiera corrido, me habrían preguntado que dónde iba tan rápido, me hubieran visto en la cara la emoción y, tirando del hilo, habrían impedido que fuese. Mi madre dice que la emoción nos hace pensar poco y mal. Por eso ella piensa tanto. Pero fui. El aire olía a yerba cortada. Nunca más volveré a oler nada. Llegué a las pistas a las cinco y había un coche parado. Me llamó desde él. Le reconocí al instante, aunque, si lo pienso, apenas le vi la cara, porque llevaba la capucha puesta, y nunca había escuchado su voz hasta entonces. Quería que fuera él. Salí corriendo a su encuentro. Se me colapsaba la garganta.

Al fin. Al fin.

Me esperaba de pie junto al coche, me invitó a subir con un gesto. Mientras llegaba, se metió dentro. Llevaba la capucha de la sudadera puesta, ahora me doy cuenta de muchas cosas... Dudé. Algo me dijo que recelara, porque el coche tenía los cristales ahumados y no se veía nada... Solo fue una décima de segundo, pero me pudo la curiosidad. Aun así, no entré al coche, solo metí la cabeza por la ventanilla para mirar. En realidad

le ofrecí mi cuello. Sentí una descarga de fuerza y una sensación desconocida, como un calambre. En un instante todo se volvió negro. Notaba sabor a sangre en la boca, pero ya no podía hablar. Boca cerrada, miembros de trapo. Los brazos y las piernas no estaban. No veía nada, solo le escuchaba de lejos hablar con otro hombre. No sé qué decían ¿Quién era? No lo sé. Tampoco sé cuánto tiempo transcurrió, ni cómo me metieron en el coche. Tal vez lo hicieran por la ventanilla, o entre los dos. Ahora ya da igual.

No sé dónde estaba ni lo que me hicieron, pero mientras lo hacían no me dolía nada, solo notaba cómo se me retraían los bordes de las heridas. Pensé que estaba viva si eso ocurría, lo leí en el libro de mi madre, pero la tensión de mi piel fue desapareciendo. No podía mover un músculo, no sentía dolor. No quería que me tocasen, pero no podía evitarlo. Les hubiera tirado a patadas, nunca les habría dejado, pero, para cuando admití lo que estaba pasando, ya no era yo, sino un fardo. Supongo que mi muerte ocurrió cuando dejó de funcionar mi cuerpo, muy poco a poco, sin brusquedad, tan solo un *diminuendo* muy largo. Antes de eso respiré una vez un hilo de aire que me quemaba. Cada vez menos dolor, cada vez menos hilo.

Hasta que no hubo nada.

Eran dos.

No sé si con el tiempo recordaré con claridad lo que pasó, ojalá nunca lo sepa. Creo que si lo recuerdo será peor. No creo que haya nadie normal que esté preparado para ver una escena así. Nunca me han gus-

tado las películas de terror. Si las veía, después tenía miedo y pasaba la noche viendo si al fin salía algo del armario. Esperaba a que alguien se levantase al baño para seguirle...

Eran dos.

Discutieron sobre si me quitaban la ropa, les costaba mucho y lo dejaron a la mitad. Después me envolvieron en una especie de plástico; escuché un sonido como el que hay en los almacenes cuando precintan las cajas. Mi padre siempre precinta las cajas. Ya no le veré. Los pasos de los hombres se alejaron. Más tarde hubo alguien que me tocó el pelo, que me echó hojas por encima. Pensé que era todo como en una de esas películas en las que no se sabía si el asesino del adolescente era el jardinero o quien menos te esperas. He acabado como en cualquier peliculilla de media tarde, metida en bolsas de basura, hecha basura. Me quiero morir al pensar que mi madre me va a ver así. Mi madre me hubiera salvado, no me habría dejado ir. Mi madre les hubiera mordido, les hubiera arañado, habría dado su vida por la mía... Por eso la engañé durante tantos meses, porque nunca hubiera transigido y habría descubierto la boca del lobo antes de que me engullera. Ella confiaba en mí, quería hacerlo. Necesitaba hacerlo... y yo solo quería hablar con mi amigo. Les decía a todos que debían respetar mi vida privada, mis historias. Que necesitaba intimidad, que no tenían vida propia, que eran vampiros emocionales, que me chantajeaban. Le decía a mi madre que era una amargada. Y entonces, mientras

se lo decía, pensaba realmente que lo era. Desde que yo nací su vida había sido un desastre, y cada vez era peor. Echaba de menos trabajar como cuando no tenía hijos, miraba a todas horas con cansancio. Ahora sé que mi madre es una mujer cansada de la vida. Yo le di muchos disgustos, pero ninguno como este. Me quiero morir, digo, pero ya estoy muerta. Deberé acostumbrarme a ello.

Mi padre se va a volver loco. Yo era igual que él y él me adoraba, pero, aun así, le desprecié muchas veces. Ahora no lo puedo arreglar. Me decía mi madre que me arrepentiría de portarme así con él, porque él era el mejor de todos, pero ya no puedo hacer nada, no puedo ni darle el gusto de que me mire con reprobación. Fui un poco cerda, sinceramente, pero él siempre me perdonaba. Cada noche me besaba antes de irse a dormir, pero yo no le correspondía. Le hice el vacío, le evité cuando quería abrazarme. Yo era demasiado mayor para eso, necesitaba tener otra vida. De poco me ha servido tanto poder, dominar sus sentimientos, domar su estado de ánimo. Ahora ya no discutiré con nadie. Ahora, sabiendo que no voy a volver, se quedará sentado durante horas con la mirada fija, como cuando la abuela se puso enferma y estuvo meses sin dormir bien, viendo cualquier cosa en la tele.

Andarán buscándome. No sé dónde estoy, pero escucho pasar gente caminando. A veces me da la impresión de que me tocan, pero, como nunca he estado muerta antes, no sé si es normal. Estoy con la cabeza en el suelo, porque siento el crujir de la tierra bajo las

suelas de los que caminan. Debo de estar cerca de una carretera, porque a veces parece que pisan gravilla. Son varios. Tres o cuatro. Lo mismo son mis padres, ojalá pudiera llamarles, pero no puedo gritar, porque estoy muerta y los muertos no pueden hacer nada.

Han tocado un silbato. Me remueven, gritan. Alguien ha vomitado muy cerca. Debe de haber pasado demasiado tiempo, y no estaré bien, y habrá alguien muerto de asco, aunque nadie se muere de asco, eso es evidente.

La muerte es otra cosa.

No quiero que mi madre me vea así. No quiero que nadie me vea así, ni siquiera el médico.

Me viene una tromba de palabras. Hisopo. Epitelio. Exéresis. Cuadrícula. Éxito.

—¡Eh, que se lleven a este par de buitres! Que les quiten las cámaras y los móviles. Llévalos al cuartel.

—Si yo no he hecho na...

Me suena la voz del que manda. Lo mismo luego recuerdo quién es. Alguien me tapa con una sábana. Qué estómago tiene la gente, hacerme fotos así. Una adolescente convertida en un sapo a punto de estallar... Voy a ser una estrella de internet, me temo. Oigo más cámaras. La gente se va alejando poco a poco, y quedan dos o tres personas. Tal vez sean más, pero no las distingo. Hablan tan bajo que no les entiendo. Han cogido tierra de alrededor de mi cuerpo. Me han girado un poco. Más fotos. Más tierra en botes. Parecen botes a rosca, por el ruido. Un grano de arena minúsculo se ha metido en la rosca y araña la tapa al cerrar. Como

cuando se metía una chinita bajo la puerta y mí me daba dentera, y mi padre recordaba que había que poner un cepillo. No lo ha puesto aún y ahora ya no sé si lo pondrá, porque solo me molestaba a mí. Antes me han puesto algo en las manos que cruje. No sé si estará por ahí mi ropa, a ver si la encuentran también... Me meten entre dos en una bolsa, me cierran con una cremallera y me meten en un cajón. Me muevo, se ve que me llevan a algún sitio.

Llego. Me descargan.

A mi alrededor hay un murmullo sordo, como un zumbido. Parece gente. Puede ser que se haya corrido la voz de que me encontraron y haya venido alguien a ver qué ocurre. O lo mismo mis fotos ya van por ahí dando tumbos. Parece que escucho lo que dirán.

«Mira, tía, qué asco, tía, lo que le han hecho, tía, la verdad es que nos pasamos, tía, con ella, tía...».

Mis vecinos se han volcado en una especie de catarsis; en realidad se amontonan en la calle porque están cagados de miedo. Sus voces suenan como cuando hay un funeral y están en la puerta de la iglesia hablando a gritos de cualquier cosa, pasando olímpicamente del muerto y de la familia, hablando de sus cosas. A veces el cura se rebota y les pide que se callen, pero, si la gente se calla, empieza a escuchar su propio corazón, sus propios sentimientos, y la melancolía los asalta pensando en que un día de estos serán ellos los del cajón ese que, si te fijas, está empañado porque está muy frío, muy frío... Ahora parece que están todos tristes, pero lo único que tienen es

miedo. Temen que sea alguno de sus hijos el que me haya dejado así, y sospechan de cualquiera. Dicen que encontrarán al responsable, como si lo viera, y alguno dirá que hay que matar al que lo ha hecho. Este pueblo es muy de pedir la pena de muerte y de pelársela todo... Cuando estaba sola no estaban tan nerviosos. Me pegaron en la calle, delante de gente, todas personas buenas, todas, personas honradas... pero hacían como que no se enteraban. Cada cual es responsable de sus hijos, y quién soy yo, le decía una madre a la mía. Mi madre volvía a veces de la calle con la mirada desafiante, roja, acalorada, furiosa. Me insultaban, pero eso era lo normal a nuestra edad, eso le decían. A nadie le pareció anormal que me gritasen barbaridades camino al instituto. Cuántas veces dejaron que ocurriese, cuántas veces, pero eran cosas de críos, y todo se pasaría cuando se echaran novio. Eso me decían. Cualquiera le dice al hijo de otro que se comporta como un malnacido.

—Eso es como decirle malnacido al padre —decía mi madre. O inútil, que es peor.

Parece que escucho los pensamientos de mis vecinos:

«No nos podemos pelear, que luego no nos cuadran los grupos para viajar. No nos podemos pelear, porque, como está el trabajo, hay que llevarse bien con todo el mundo.

»No nos podemos pelear, porque en este pueblo nunca se pelea nadie, ni nunca pasa nada».

Hasta que pasa.

Pues bien, estoy esperando que alguien me diga por qué estoy muerta, dentro de este cajón, dentro de esta nevera, esperando que alguien lea en mis tripas, como un sacerdote en las de un sacrificio, la maldición que me ha caído.

A estas horas estarán las chonis de mi clase comprando peluches para ponerlos donde me hayan encontrado; son muy americanas, con sus melenas ultralistas y su *look* a la última... Estarán abrazadas a sus novios pensando que mejor vivir a tope, que luego te pasa una desgracia. Más de tres van a darse un revolcón o a coger una borrachera a mi salud, como si lo viera. Cualquier excusa es buena para pasarse de frenada. Parece que las veo comprando una cartulina, dibujando corazones, rellenándolos con purpurina rosa, diciendo que eran mis amigas, que me echarán de menos, que la vida sin mí no será igual. Y velas. Y después se irán a hacer espiritismo. Se ve que saben que no funciona, porque, si funcionase, no dormirían durante el resto de sus vidas. Yo me encargaría de eso.